

3. Importancia de las crecidas de los ríos.

Las crecidas son necesarias.

En todos los ríos ha habido y habrá crecidas, ya que son lo que los expertos llaman *respuesta hidrogeomorfológica* a situaciones meteorológicas de elevada precipitación y a procesos de deshielo. Una crecida, por extraordinaria que sea, nunca puede considerarse imprevisible.

El propio río regula sus crecidas mediante un sistema inteligente de almacenamiento espacial y temporal. Así, mediante el desbordamiento y ocupación de la *llanura de inundación fluvial* (o territorio fluvial), el río consigue ir reduciendo la energía y la altura de la crecida conforme avanza aguas abajo. Al mismo tiempo va distribuyendo los sedimentos y nutrientes que transporta y también recarga los acuíferos donde se almacenan las aguas subterráneas.

Las crecidas no son un problema sino un beneficio.

Las crecidas fluviales son necesarias para el buen estado ecológico del río y aportan ingentes beneficios a los ecosistemas y al ser humano. La crecida es el motor de la dinámica fluvial, acelerando los procesos geomorfológicos de erosión, transporte y sedimentación en cada tramo por el que pasa. Esta renovación de sedimentos genera nuevos hábitats, así como áreas de refugio y enclaves para peces e invertebrados acuáticos, favoreciendo también un complejo y rico mosaico de formaciones vegetales bien estructuradas que servirán de filtro y contribuirán a reducir la energía de las siguientes crecidas.

La crecida también oxigena los fondos y limpia el cauce, lo que favorece a los seres vivos y evita la proliferación de patógenos y enfermedades. También ejercen a su paso un control demográfico de especies animales y vegetales, renovando, transportando y rejuveneciendo las poblaciones. Con ello, arrastran madera muerta y otros restos orgánicos que distribuirán convenientemente generando nuevos microhábitats y proporcionando alimentos a numerosas especies. Todos los seres vivos propios del río y de las riberas están adaptados a estos cambios de caudal, soportando crecidas y estiajes. Además, las crecidas ayudan a controlar la expansión de especies exóticas.

Debemos aprender a convivir con las crecidas y saber gestionarlas.

Ya hemos visto que las crecidas son beneficiosas, sin embargo, el ser humano ha tendido a impedir las crecidas, considerándolas negativas para sus intereses. El problema surge porque hemos invadido con nuestros usos las llanuras de inundación de los ríos. Para la agricultura ya hemos visto que las crecidas son beneficiosas porque fertilizan el suelo, aunque puntualmente se puedan perder cosechas que habrá que atender mediante los seguros agrarios. Pero para las construcciones humanas y otros usos que invaden el territorio del río las crecidas suponen un problema. Hemos ocupado estos terrenos, bien creyendo que el río no los reclamaría (ya que a veces las crecidas importantes se producen cada muchos años, décadas incluso, lo que nos lleva a olvidarnos del riesgo y creer que ese espacio ya no lo ocupará el río), bien porque pensamos que el ser humano es capaz de dominar a la naturaleza, domando los ríos mediante la construcción de muros de defensa, motas, escolleras o canalizaciones. Normalmente no se han calculado bien esas defensas para cuando vienen las crecidas realmente grandes, o fallan porque no se ha tenido en cuenta que muchas ciudades y pueblos han incrementado mucho en los últimos años su superficie impermeabilizada, y por tanto las escorrentías para una misma cantidad de lluvia caída se hacen mucho mayores. Otras veces el problema ocurre porque al defender determinadas construcciones con estructuras de canalización, lo que hacemos es enviar el problema aguas abajo y las inundaciones se producen en otra zona de la cuenca fluvial donde quizás antes nunca había habido problemas con las crecidas.

Debemos aprender a convivir con las crecidas, diseñando nuestros pueblos y ciudades y planificando nuestros usos del territorio en consecuencia con ellas. Se trata de prevenir los daños de las inundaciones, no de evitar las crecidas que tan beneficiosas resultan.

¿Sabías que las vegas y llanuras de inundación de los ríos son óptimas para la agricultura gracias a que los ríos las fertilizan en los años en los que las crecidas las inundan?

El hombre ha convivido siempre con este hecho, asumiendo la pérdida de las cosechas los años de inundación a cambio de varios años posteriores de gran fertilidad. Hoy día los perjuicios de las inundaciones se pueden compensar en la mayoría de los casos mediante seguros agrarios.



Resulta un tópico argumentar que cuando los ríos van crecidos el exceso de agua se va a “perder” en el mar. Como hemos visto, las crecidas son necesarias y deben llegar al mar ya que aportan nutrientes que sirven como alimento en los ecosistemas costeros. Igualmente, las crecidas arrastran sedimentos que regeneran y mantienen de forma natural nuestras playas.

Fotografía: Óscar Gavira.